

## UNA NOVIA QUE NO HA DE SER MÍA

Como si hubiera visto un espanto, Laura dejó caer la agenda que llevaba en su mano izquierda. A lo lejos una anciana arrancaba algunas hojas de hierbabuena. Jeremías, al ver a su novia palidecer, la tomó por la espalda y le preguntó:

— ¿Te pasa algo?

— ¡Qué! ¿No escuchaste?

— ¿A los grillos?

— Ojala hubiera sido eso...

— ¿Y qué oíste?

— Una voz que brotaba de la tierra y decía: « ¡Los enterraron vivos!»

Cuando la anciana que se encontraba en el huerto se percató de la presencia de Laura y de Jeremías, haciendo una señal con su mano izquierda, gritó:

— ¡Ustedes deben ser las personas del banco! ¡Sigán que ya empezó a hacer frío!

Jeremías recogió la agenda y junto a Laura cruzaron el portalón de cantera y bloques de ladrillo, que conducía a la casa, ubicada en la cima de la montaña. A mitad de camino, frente al huerto, los esperaba la anciana.

— Buenas tardes, mi nombre es Laura Arango. Él es Jeremías: mi novio.

— Mucho gusto: Aida de Torres. Ayer llamaron del banco y dijeron que usted venía temprano. ¡Llevo horas esperándola!

— Se presentó un problema en la oficina. Por suerte, alcanzamos a tomar el carro de las cinco: es el último que sale de Popayán...

— Entre más pasa el tiempo, menos gente viene por estos lados. Pero bueno, ya están aquí.

Niña, con estas hojitas voy a hacerle una agüita aromática. Usted se ve muy pálida.

— Muchas gracias doña Aida. ¡No sé que me pasa... de repente me siento un poco débil!

— Debió ser el viaje. Entremos a la casa y le preparo la agüita. Luego hablamos de negocios y se pueden ir a descansar.

Ya estaba anocheciendo. A Jeremías le pareció un mal presagio que no ladraran los perros atados a las barandas de la casa. Con el tono de voz inalterable de la gente de la ciudad que lleva años viviendo en el campo, Aida les dijo:

— Observen la chimenea: ¡Los espíritus de la casa les dan la bienvenida!

A los visitantes no les pareció extraño el humo que salía por aquel túnel de piedra y se confundía con la niebla de las seis y treinta, que anunciaba una angustiosa noche. Laura, agitada por el ascenso a la casa, le preguntó a Aida:

— ¿Y qué tiene de especial ese humo?

La anciana fingió no oírla y aceleró el paso. En la puerta los esperaba el mayordomo. A Laura no dejó de sorprenderla aquella casa de fines del siglo XVII, de paredes y cimientos en piedra, ladrillos y boñiga, que durante tanto tiempo había permanecido en pie.

— Hace un frío espectral. —Comentó Jeremías, viendo un viejo retrato del poeta Julio Arboleda, que se encontraba junto a baúles, sillones y espejos antiguos—. Doña Aida, seré franco con usted. No sólo acompañé a Laura para vender los seguros de vida, sino, también, porque mi tía Italia, a quien usted conoce, me enseñó una fotografía tomada a ese retrato en la que sólo apareció el marco del cuadro. Yo escribo para una revista de temas extraordinarios y...

— ¡Yo sí dije!: ¡Tu rostro me es familiar! —Exclamó la anciana de ojos azules y cabello largo, interrumpiendo a Jeremías—. Tu tía me contó que tenía un sobrino escritor. Incluso leí un cuento tuyo. Lo recuerdo bien, de una señora de edad, de esas típicas payanesas, que se inventan una cantidad de historias alrededor de su apellido.

— ¡Los Restos del Patriarca! —Señaló Laura con emotividad, sorprendida de la memoria de juglar de Aida.

— Cuéntame, ¿y qué quieres saber del cuadro? Supongo que Italita te contó que el retrato lo pintó un artista ecuatoriano, mientras mi tatarabuelo estaba exiliado en el país vecino.

— Sí, ella me dijo. Pero más que esa historia me interesa comprobar si la foto de mi tía no fue un efecto de luces o algo así. Compré esta cámara fotográfica y me aseguraron que era tan buena, que me regalaban el revelado si se dañaba una sola foto.

— A raíz de esa fotografía, yo estuve probando y encontré que si las fotos son tomadas aquí dentro, por alguna razón el retrato se hace invisible. Es decir, el misterio no está en el cuadro, sino en la casa. Si gusta, tome las fotos que necesite, pero cuando escriba el artículo, no de mis datos: no es conveniente que vengan a visitarme.

Mientras Aida preparaba el agua aromática, se escuchó un grito de Laura. Jeremías, que fotografiaba el cuadro y algunos muebles de la sala, sabiendo que su novia no era fácil de intimidar, corrió a su encuentro y le preguntó:

— ¿Qué paso?

— ¡Mira la chimenea: está saliendo humo y no hay leña!

Jeremías, incrédulo, comprobó que las paredes de la chimenea se encontraban frías y llenas de polvo, como si hubieran transcurrido años desde la última vez que la encendieron.

— ¡A esto se refería doña Aida cuando dijo que la casa nos daba la bienvenida! No le digas a ella nada de esto; quiero descubrir por mi propia cuenta lo que aquí ocurre.

— ¡Ésta va a ser una larga noche! —Murmuró Laura viendo que Aida traía cuatro posillos en una bandeja de plata.

— Tómense la agüita, luego los llevaré a la habitación.

La alcoba, diagonal a la sala, era amplia y parecía llevar deshabitada varios años. Junto a un ventanal había una cama doble de gruesas cobijas, dos mesas de noche y un armario impregnado de naftalina. Laura cerró la puerta y, mientras llegaba la hora de la cena, se acostó en la cama y se cobijó.

— Amor, quítate los zapatos y ven...

— ¿Ya te sientes mejor?

— Tengo fiebre y no puedo olvidar la voz que escuché cuando llegamos.

— ¿Y a qué le atribuyes lo del retrato y la chimenea?

— No sé, pero aquí no me siento bien. ¡Esta casa tiene malas energías!

Jeremías se acostó a su lado y le dio un beso en la frente. Laura, sintiendo la respiración de su novio, le desató el pantalón de dril y le susurró:

— Hoy te deseo más que nunca.

— ¡Te amo, princesa! —Musitó Jeremías, sintiendo la lengua de su novia jugar en su cuerpo.

A los pocos minutos, la dueña llamó a cenar a sus huéspedes. Ya había regresado Josefina, y su nieta Isabella, de ocho años. Mientras Josefina servía la comida, sin solicitar información al respecto, Aida le preguntó a Laura:

— ¿Dónde firmo la compra de los seguros de vida?

— En estos dos espacios. —Respondió Laura, tomando unos documentos de la carpeta que llevaba consigo—. Mañana legalizo los papeles y le hago llegar a usted la póliza. Pero disculpe la indiscreción: ¿Por qué tanta prisa para comprar los seguros?

— Yo no debería decir esto, pero si Dios quiere, en cuestión de semanas, el Ministerio de Cultura declarará esta casa como Patrimonio Nacional y la venderemos al Estado. De acuerdo

a experiencias pasadas, las veces que hemos estado próximos a negociarla, de manera trágica siempre se desbaratan los negocios. Por eso debemos estar preparados.

— Es como si algo o alguien no quisiera que la familia salga de la casa en donde hemos habitado durante siglos. —Agregó Josefina.

— Doña Aida, ¿y ya cerraron el trato con el Ministerio?

— Sólo resta firmar la escritura.

A Laura no dejaba de intrigarla el porqué Aida, que parecía tener suficiente dinero, tomó la decisión de vender la casa familiar. Asimismo, las sillas, baúles, cuadros e imágenes.

— Abuela, abuela, —repitió Isabella levantándose de la mesa— ¡ella está aquí! —Al decir esto, Jeremías y Laura miraron a su alrededor pero no vieron a nadie.

— Mi hija tiene la facultad de ver fantasmas. —Explicó Josefina.

— ¿Linda, a quién saludaste? —Preguntó Jeremías, recordando a Mina Harker: Isabella era delgada, pálida y de labios carmesí.

— Saludé a Luna... ¿tampoco pueden verla o escucharla?

— No, pero hablemos de ella. —Comentó Laura tomando con desánimo la cuchara.

— Es como usted de alta, tiene el pelo negro, no se pone ropa ni se deja ver el rostro.

— ¿Y puedes hablar con ella?

— ¡Sí, es mi mejor amiga!

— ¿Y dónde está en estos momentos?

— En la cocina, ella toma mucha agua...

— Según mi nieta, —enfaticó Aida— a Luna no se le escuchan los pasos. Dice que levita sobre el piso y que es la esposa de Julio Arboleda.

— ¿Y en la vida del bardo existió alguna Luna? —La interrogó Jeremías.

— Fue la segunda esposa del poeta. Él la asesinó después de encontrarla haciendo porquerías con esclavos.

— ¡Qué extraño! En lo que he leído de Arboleda no mencionan esta historia.

— Duraron pocos meses de casados. Lo leí en ese manuscrito, —dijo señalando un documento antiguo colgado en un extremo del comedor— ¡a mi padre le apasionaba la historia de Luna!

Cuando nueve campanadas del reloj de pared señalaban la hora, Laura se disculpó con los presentes y se fue a acostar. Jeremías le dijo que en un rato la alcanzaría, pues deseaba conversar de algunos asuntos con la dueña.

— No tardes, Jere.

— Duerme un poco, te hará bien...

— Señora, —dijo Isabella, dirigiéndose a Laura— esa es la habitación de Luna.

Laura no reparó en aquel comentario y continuó su camino. Sobre la mesa del comedor, Josefina se quedó revisando las tareas de su hija.

— Aquí sucede cosas muy extrañas, —comentó Jeremías tomando asiento en la sala— como lo del retrato, la chimenea o la amiga de su nieta. ¡Es como si la casa estuviera viva!

— ¿Lo dudas? —Dijo Aida mientras bostezaba—. Si esta noche oyen ruidos, no se alarmen, a veces se escuchan pasos: pisadas fuertes como de militar.

— ¿Y nunca han traído un exorcista?

— Mi padre lo hizo y las consecuencias fueron desastrosas. Igual, mi hija, mi nieta y yo, ya nos hemos acostumbrado.

Diez campanadas repicaban cuando Aida se despidió de Jeremías y le sugirió que como su novia estaba enferma, sería mejor no dejarla mucho tiempo sola. En el manuscrito colgado en la pared, Jeremías, que siempre había creído que este tipo de historias sólo ocurrían en la Biblia y en Las Mil y Una Noches, leyó que cuando Julio Arboleda encontró a su mujer

amancebándose con diez esclavos, con todo y ellos la sepultó viva en el sótano de la casa; y con hierro caliente le escribió diez veces PUTA en su cuerpo.

La habitación estaba muy oscura. Jeremías entró despacio para no despertar a su novia, pero tropezó con una silla. Al escuchar el estruendo, Laura se despertó. Tenía la frente empapada de sudor.

— Amor, —dijo exaltada— soñé que regaba unas flores y de la regadera salía lava. Hacía un calor infernal y la lava estaba quemando el jardín. Yo no podía moverme.

— No te preocupes, sólo fue un sueño.

— Ven, acuéstate, quiero sentirte...

Laura desabotonó la camisa de su novio y le quitó el pantalón. Luego se subió sobre él y empezó a hacerle el amor. De pronto, Jeremías vio una sombra acariciando el cuello de su novia. Aterrorizado, la abrazó y sus esfuerzos coincidieron con pisadas en el corredor y con luces que se encendían y apagaban. Laura empujó a su novio y mientras la sombra se desvanecía en el ventanal, ella salió desnuda de la habitación. Jeremías la encontró en el corredor, cubriéndose los ojos frente al retrato de Julio Arboleda. El retrato estaba iluminado por una veladora y por el reflejo de un vaso de agua a medio llenar.

Llorando, Laura le contó que una fuerza superior a su voluntad la guió hasta el retrato de Julio Arboleda, donde la misma voz escuchada horas antes, pero brotando de los labios del poeta, le dijo: *«en el sótano, once personas esperan cristiana sepultura»*. Cuando Jeremías la tomó por la espalda, todo volvió a la normalidad.

— ¿Qué el retrato te dijo qué?

— ¡Dijo que en el sótano once personas esperan cristiana sepultura!

— Ven, amor, duerme un poco. Mañana, a primera hora, estaremos de vuelta en Popayán.

Jeremías aguardó a que Laura se quedara dormida para salir a conocer la casa. Quería ir al sótano y aunque no se atreviera a reconocerlo, deseaba encontrarse con Luna: la sombra de pechos angélicos que en un momento de excitación de Laura pretendió adueñarse de su cuerpo. Para repetir esto último, Luna necesitaba de él, razón por la que no había inconveniente en dejarla sola unos minutos.

La espesa y fría bruma desde la tarde anunciada por el canto de los grillos, invadía el corredor. El melancólico graznido de un ave nocturna se confundía con el destemplado aullido de los perros. Jeremías, sin alejar de sus pensamientos a Luna, buscando el sótano llegó a la puerta de atrás de la casa, que escondía la mirada disoluta del anciano mayordomo.

— ¡Buenas noches, joven! ¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

— ¡Los murmullos de la casa no me dejan dormir!

— ¡Sé muy bien de qué me habla! Aquí, si no es el ruido, es el silencio el que nos espanta el sueño. ¿Le provoca agua de panela caliente?

— Sí, muchas gracias... Disculpe, ¿en esta casa hay algún sótano?

— No, no hay, aunque alguna vez lo hubo. Las escaleras que conducían allá, quedaban por los lados de la puerta principal. —Argumentó el mayordomo, sirviendo dos posillos de agua de panela—: ¡Allí debe haber algún entierro!

— ¿Cuántos años lleva usted trabajando aquí?

— ¡Toda mi vida! Mi padre trabajó en esta casa y desde muy niño yo le ayudaba... Pronto amanecerá, cuando aclare, váyase lo más lejos que pueda y no regrese. Mucho menos acompañado de una mujer.

— ¿De una mujer?

— El espíritu de una de las esposas de Julio Arboleda está atrapado en esta casa. ¡Es muy poderoso y puede hacerles daño!

— Y sí es como usted dice, ¿por qué no les hace daño a doña Aida o a su familia?

— Porque le teme a la sangre de su esposo: ¡Ellas descienden del poeta!

Cuando Jeremías se despidió del mayordomo, los gallos habían empezado a cantar. Laura miraba el picaporte de la ventana. De su frente rodaban gotas de sudor. Jeremías la interrogó sobre el porqué se encontraba despierta. Ella, que tenía sus manos bajo las cobijas, respirando fuerte le contestó:

— Yo dormía plácidamente, hasta que sentí la respiración de alguien en mi oído. Pensé que eras tú, entonces me di la vuelta y quise besarte pero mis labios no encontraron a nadie.

— ¿Y por qué sudas y hueles a tu sexo?

— No podía dormir... Ven, acércate.

Reconociendo junto a Laura el aspecto fantasmal de Luna, Jeremías empezó a besar a su novia. El sexo de Laura se encontraba húmedo y cada vez más débiles eran sus gemidos.

— ¡Luna! —Gesticuló Jeremías, mientras desnuda, la sombra de cabello largo acariciaba a su novia—. ¡Luna! —Repitió desafiante, corriendo la cortina del ventanal que anunciaba un nuevo día.